

Morton, Timothy (2016). *Dark Ecology. For a Logic of Future Coexistence*. New York. Columbia University Press. ISBN: 9780231177528

Reseñado por: Marian Bascuñana García. Universidad de Murcia (ma.bascunanagarcia@um.es).

Recibida: 03/12/2021. Aceptada: 23/12/2021

Ecología oscura: sobre la coexistencia futura es una obra del filósofo y profesor Timothy Morton que sugiere adentrarse en el concepto de «ecología oscura», un viaje a través de cuyas etapas o «hilos» se nos propone un progresivo acercamiento a la conciencia ecológica o «ecognosis», aunque en realidad, concluye Morton, nuestra conexión ecológica con el mundo circundante está presente en el fondo de nuestra conciencia.

Vivimos en la «era ecológica», un tiempo crucial dentro de un período de mayor alcance, el Antropoceno, caracterizado por una serie de prácticas humanas tan dañinas que han colocado a numerosas especies del planeta, incluyendo la nuestra, al borde de la extinción. Detrás de estas prácticas, sosteniéndolas y justificándolas, hay una posición filosófica: el antropocentrismo. La conciencia ecológica se propone abandonarla, «liberando» a los seres no humanos del lugar (inferior) que ocupan en nuestro pensamiento y aboga por la coexistencia: el ser humano no es la medida de todas las cosas. Este proceso nos exige que hagamos una labor reflexiva en todos los órdenes: filosófico, político e incluso artístico.

El viaje propuesto por *Ecología oscura* parte de la constatación de la crisis ecológica que significa el calentamiento global y se remonta al Neolítico para desvelar cómo los humanos entonces pusieron en marcha el «programa agrilogístico», esto es, la invención de la agricultura, para enfrentarse a una situación de crisis climática y poder sobrevivir. Paradójicamente, lo que empezó como una forma de evitar la extinción nos ha llevado a la desaparición de numerosas

especies a las que seguirán otras muchas de forma inminente.

Ecología oscura se refiere a una progresiva toma de conciencia que se parece a un proceso emocional melancólico y depresivo al principio, pero que termina alcanzando una conciencia lúdica y sarcástica de nuestra existencia junto a los demás seres que forman parte de la biosfera terrestre.

En el «Primer hilo» se argumenta que la conciencia ecológica, entre otros fenómenos del mundo como el entramado ser-aparecer, tiene forma de bucle. Las formas helicoidales sugieren que en su interior se dan paradojas y contradicciones que no pueden deshacerse. Por un lado, entrañan dificultades de comprensión, como la conciencia de ser insignificantes cuando nos pensamos individualmente, pero responsables del calentamiento global en conjunto. Sin embargo, a la vez hacen posible tomar conciencia de nuestra pertenencia a la humanidad como especie, que es un «hiperobjeto», concepto fundamental en la obra de Morton. Un hiperobjeto es una entidad real pero inaccesible debido a su extensión inabarcable en el espacio-tiempo. La humanidad como hiperobjeto es una fuerza geológica, una «máquina para la generación de hiperobjetos» como la propia naturaleza que, según Morton, se concibe como mundo en tanto los seres humanos pueden sacar provecho de él. Por eso identifica naturaleza y agrilogística y prefiere el término biosfera.

El «Segundo hilo» describe el proceso de represión de la conciencia «primitiva» por la que nos sabemos insertos en un mundo de relaciones con los seres no humanos y del que no podemos deshacernos. Esta conciencia

primitiva se llama «arqueolítico»: un estado de cosas anterior a la agrilogística —de 12 000 años de antigüedad— y respecto a la que hemos perdido familiaridad, aunque permanece en un nivel de consciencia intuitivo, leve, incluso podría decirse que incómodo. Mientras nos hacemos conscientes de este proceso de represión, a la vez estamos adentrándonos en la senda de la ecología oscura. Al principio, sentiremos los síntomas de la depresión y la melancolía, culpa. Pero este viaje, caracterizado como “oscuridades” sucesivas y que comienza con esta desesperanza, recorre una región de oscuridad misteriosa donde pregunta por el status de los seres que pueblan el mundo, terminando en una dulce oscuridad en la que ya habremos aprendido que una sana coexistencia es necesaria para seguir viviendo; que esta coexistencia no significa que tengamos que renunciar a nuestros placeres y satisfacciones sino todo lo contrario: sumergiéndonos más en nuestro deseo de juego, de felicidad, de placer, encontramos la forma frágil, pero posible, de reconciliarnos con los demás seres.

Entre las muchas referencias al arte y al pop que emplea en el libro, Morton recurre a la *club scene* para imaginar un mundo lleno de seres capaces de empaparse de lo que les ofrece el entorno, contemplarlo y disfrutar de tomar parte en él «procurando no pisarnos muchos los pies unos a otros». Llevamos mucho tiempo suponiendo que sólo los seres humanos tenemos mundo, pero estamos comprendiendo que no es así y que lo que funciona para unos seres significa malfuncionamiento para otros.

El tránsito de una «oscuridad depresiva» a una «dulce oscuridad» involucra también una reflexión sobre la muerte, que Morton propone concebir como menos amenazante. Pensar la Vida en mayúscula parece promover una frontera demasiado rígida y potencialmente violenta al establecerse como una

sustancia rígida, «fácil de pensar», que ha de conservarse a toda costa y que en el caso de los seres humanos lo haga a costa de la acumulación y del consumo. El supuesto de que vivir de cualquier forma es mejor que la muerte es uno de los responsables de que hayamos llegado a la situación crítica en que estamos. La negación tiende a recrudecer las actitudes que producen daño, por eso Morton aboga por un acercamiento gentil a la ecognosis. Esto nos permite darnos cuenta de que no somos completamente impotentes y podemos llevar a cabo iniciativas que tengan impacto en nuestro entorno. Cuando comprendemos que una solución tan simple como plantar árboles a una escala lo suficientemente grande tiene poder, abandonamos la desesperanza.

El «Tercer hilo» explora las posibilidades ético-políticas que la conciencia ecológica despliega. La crisis climática no sólo nos ha llevado a descubrirnos como los culpables del calentamiento global con el consiguiente sentimiento de depresión y desesperanza, sino que nos exige una reflexión sobre el futuro que no tiene por qué hacernos sentir impotentes y ansiosos. Cuando no sabemos qué hacer, podemos fantasear con que seremos rescatados, pero tenemos que hacer algo para rescatarnos a nosotros mismos. Morton señala que como el arte es un «pensamiento sin concepto desde el futuro» es posible que un viraje hacia él contribuya a una nueva concepción de las relaciones con los demás seres no humanos. Esta conciencia implica que sabemos que las cosas vienen dadas, no podemos reducirlas a una «sustancia fácil de pensar», lo que habitualmente ha significado «disponible». El consumismo también tiene la forma de un bucle paradójico: tenemos que poder escuchar a las cosas sin usarlas como «plásticos mudos».

La política por la que aboga Morton es lúdica y rechaza lo vertical; se inspira en el arte, la ingeniería, el activismo, el

juego. Intentar alisar el bucle en que están trabados el ser y la apariencia de las cosas forma parte del funcionamiento del proyecto agrilogístico, que pretende convertir las cosas en entidades sin contradicción. Los objetos contradictorios no se agotan en nuestras manos y nos impiden hacernos con el control total, que por otra parte es imposible.

Morton navega ideas filosóficas subrayando el trayecto emocional paralelo, desde la depresión y la desidia, la culpa y la desesperanza, hasta el duelo y la aceptación. Estamos aquí y podemos

hacer cosas. Incluso si asumimos que el *homo sapiens* desaparecerá, no tenemos nada que perder. En cierto sentido, nuestra extinción no importa tanto. En lugar de pensar por qué rendirnos, podemos pensar por qué nos debe importar no hacerlo.